

sierta la cámara del Príncipe, á quien en balde buscó por todo el alcázar, interrogando á los servidores.

Con esto, la actitud amenazadora de las turbas, y la circunstancia de hallarse en Málaga el destronado Abd-ul-Láh, donde había sido nuevamente reconocido Amir de los musulmes,—aumentóse el desconcierto entre las tropas que guardaban la al-medina, y creció el motín, tomando proporciones verdaderamente formidables.

En tanto, encubriendo su persona, y haciéndose pasar en todas partes por comerciante, cruzaba Abú-Saïd el territorio granadino, convenciéndose por sí propio de la poca simpatía de que gozaba entre los musulmanes, á quienes había causado tanto daño su ambición insaciable.

En Loja, en Archidona y Antequera, hasta salir del reino, conservó Abú-Saïd las apariencias de mercader, sin infundir sospechas; pero al trasponer la frontera é internarse por Baena en los dominios del rey don Pedro, dióse á conocer como Sultán de Granada, con lo cual consiguió hacer sin obstáculos su camino.

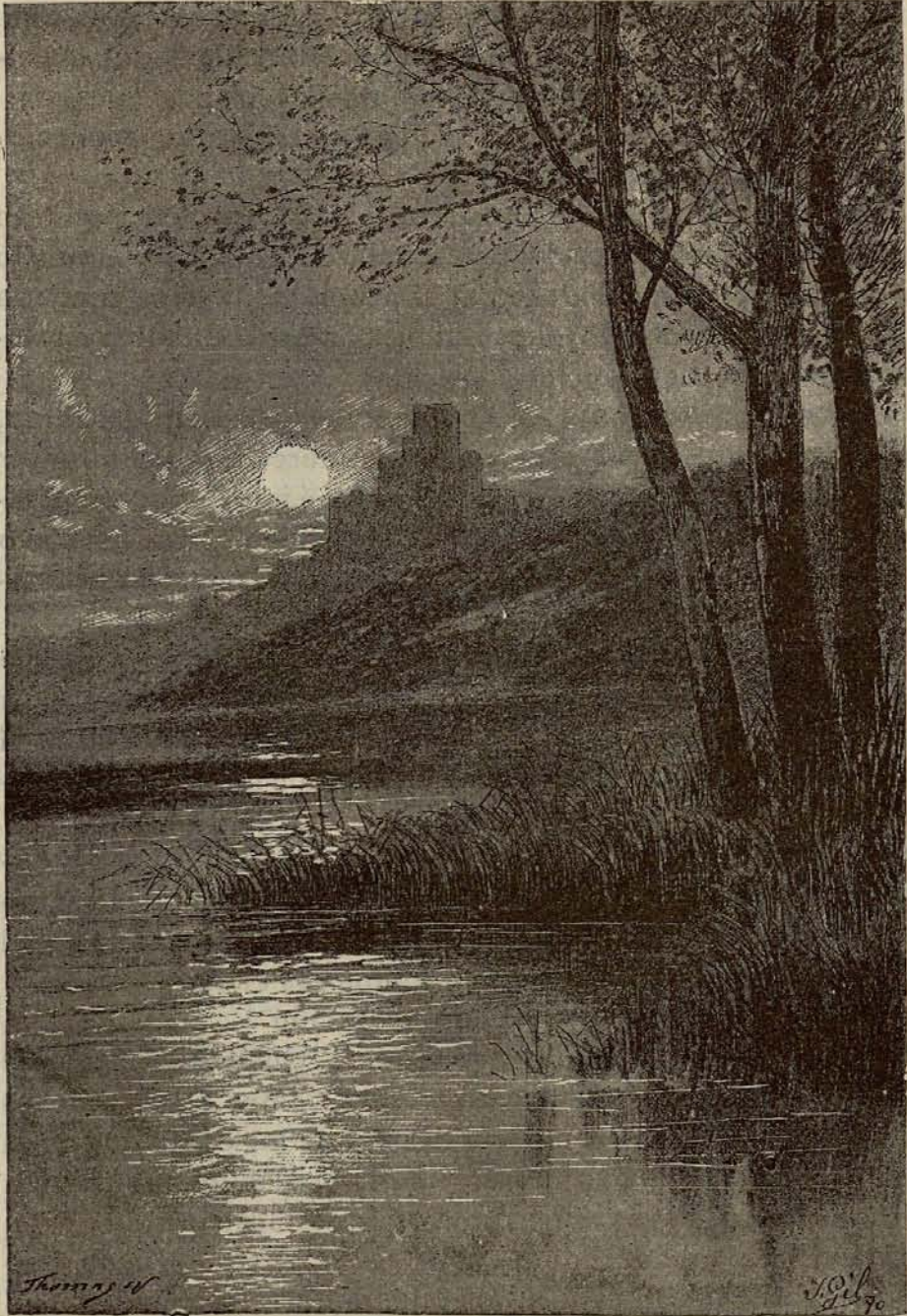
A la caída de la tarde del día 26, llegaba fatigado á Alcalá de Guadaira, ya cerca de Sevilla; y deseando penetrar en la corte del castellano á hora más conveniente, deteníase allí toda la noche, hospedándose en el humilde hogar de un campesino.

El tiempo estaba hermoso; la luna brillaba ya en el horizonte, limpia y serena, y la apacible brisa de la tarde agitaba juguetona las ramas de los árboles, embalsamada con el aroma de los naranjos y de los limoneros en flor.

Esbelta y arrogante, sobre una elevación á cuyos pies corría tranquilo y sosegado el cristalino Guadaira,—erguíase aún allí la fortaleza que habían en otro tiempo construido los musulmes, y ahora permanecía cautiva de los cristianos; y al contemplar el aspecto pintoresco de la población, la situación de la fortaleza, cuyos muros rojizos se destacaban sobre frondosas arboledas, mirándose en las aguas de aquel río de márgenes cubiertas con exuberancia de mimbres y espadañas,—hondo suspiro se exhaló del pecho de Abú-Saïd, recordando á Granada.

—Mañana, si Alláh quiere,—exclamó dirigiéndose á Idrís,  
—mañana entraremos en Ixbilia! Grande es la pena que con-

migo llevo, y no puedo ocultarte que, al recorrer estos lugares en que imperan los idólatras, más de una vez me he acor-



do de Mohámmad, comparando su suerte con la mía! ¿Cuál será el recibimiento que me hará el Sultán de Castilla? Dicen que su presencia inspira miedo, y por Alláh te juro

que, aunque nunca temblé delante de hombre alguno, no sé qué extraño temor se apodera de mí en estos momentos.

—¿Qué temes de don Pedro?—replicó Idrís.—¿No vas á dejar en sus manos tus tesoros?... Con lo que vale cuanto contigo llevas, bien podría comprarse un reino más poderoso que Castilla. No tiembles, pues, y piensa en la envidiable suerte que te tiene reservada el destino, si consigues, como espero, volver á Granada. ¿Te humilla, acaso, el implorar, señor la protección de los nassaríes? Pues, ¿no imploraron ellos del grande Abd-er-Rahmán III igual apoyo para reponer en el trono á Sanchol *el Craso*? No lo dudes: la misericordia de Alláh es infinita, y Alláh no puede abandonarte cuando vienes en servicio suyo!

—Quién sabe!—dijo Abú-Saïd, pensativo, respondiendo al cabo de una pausa.—Cúmplase la voluntad del Omnipotente! Sólo Alláh, el Excelso, conoce los destinos futuros de las criaturas! Nadie, fuera de Él, sabe en qué lugar de la tierra ha de morir el hombre! Alláh sea en mi amparo!

Cerró la noche, y mientras que Idrís y los demás caballeros preparaban todas las cosas necesarias para entrar en Sevilla con la ostentación y el aparato debidos, en vano el *Bermejo* buscaba el reposo é invocaba el sueño.

Ante su excitada imaginación aparecían extrañas y siniestras fantasías; y presa de horrible pesadilla, veía, allá en el caos incomprensible de sombras y de nubes que se había formado en su cerebro, alzarse ensangrentada la figura de Ismaïl, que le miraba amenazadora, lanzando sobre él la maldición eterna; y Cais, y todos aquellos á quienes había á su ambición, á su crueldad y á su tiranía sacrificado, se presentaban ahora como espantosa falanje ante sus ojos asombrados, para maldecirle y anonadarle.

Luego, veía el puente de *as-siráth* tendido á su presencia. En el extremo opuesto, un ángel de blancas y grandes alas y sonriente faz, parecía aguardarle, invitándole á que pasara; pero el puente era largo, estrecho y fino como un cabello, y á los lados y debajo de él se abría el abismo, en cuyo fondo sin límites resplandecían aterradoras las llamas perennes del *chahaném*.

*Malak-al-maút*, el ángel siniestro de la muerte, negro y amenazador, se hallaba á su lado impulsándole; y aunque él

resistía con todas sus fuerzas, le obligaba á poner el pie sobre el *as-siráth*. Entonces, retumbando en sus oídos las maldiciones de todas sus víctimas, que le rodeaban vagando en el espacio, con paso trémulo y vacilante comenzó á andar, y cayó precipitado al abismo.

La conmoción fué tan grande, que Abú-Saïd abrió los ojos despavorido, dirigiendo miradas espantadas en torno del aposento en que se hallaba.

El sol brillaba ya en el espacio, y saltando del lecho, vistióse apresurado el lujoso traje de ceremonia con que debía hacer su entrada en Sevilla, y cuyas piezas tenía delante sobre un taburete.

Después, bajo la influencia todavía del terrible ensueño en que tanto había padecido, sin dar á conocer á nadie sus temores, montaba á caballo y salía de Alcalá de Guadaira sombrío y silencioso.

Poco más tarde, al descender una cuesta para bajar al llano, tropezaba uno de los caballos de la escolta, y lanzando al jinete de la silla, quebraba la lanza de éste sobre el suelo.

Mal presagio era para el granadino aquel accidente; y encadenándole y relacionándole con la pesadilla de la noche, extendióse por el rostro del rey *Bermejo* la niebla tenebrosa que envolvía su espíritu, y sin apartar los ojos de la tierra, ni pronunciar palabra, siguió caminando en dirección de Sevilla.

Al cabo de cerca de tres cuartos de hora, daba vista la lucida cabalgata á la hermosa ciudad del *Nahr-al-Kibir*, la sultana de Al-Andálus, cuyas mil torres se destacaban bizarramente sobre el fondo verdegueante de la feraz campiña que la cerca, y entre todas ellas, derecha como la palma del desierto, alta como los picos nevados de *Chebel-ax-Xolair*, con su cúpula de brillantes reflejos de oro y sus tres manzanas doradas por remate, se levantaba la Giralda, apareciendo por bajo de ella las dentelladas almenas que coronaban los muros de la antigua *Mezquita-Aljama*, convertida en Catedral por San Fernando.

—Señor,— exclamó entonces Idris-ben-Abú-l-Ola adelantándose hasta emparejar con el *Bermejo*,—cerca, muy cerca está ya la encantadora Ixbilia... Mira cómo brilla, herida por los rayos del sol, la cúpula de oro del alminar de la Mezquita

Aljama! Señor, si me lo permitieras, me atrevería á decirte compusieses el rostro, que tan sombrío llevas!

No replicó palabra el *Bermejo*; pero deteniendo su cabalgadura, apeábase en un altozano, desde el cual se dominaba la antigua corte de los Abbaditas, y prosternándose allí, levantaba al cielo los ojos, de los que brotaron dos lágrimas.

—¿Lloras, señor?—preguntóle Idrís.

—Sí! Lloro!—dijo al cabo de un momento el granadino.—Lloro, y mi llanto no es de temor, Idrís! Lloro, porque al contemplar tanta hermosura, al distinguir desde este sitio el *Nahr-al-Kibir*, que parece una espada bruñida, comprendo cuán grande debe ser el crimen cometido por los musulmanes, cuando el clemente Alláh ha consentido que esta joya resplandeciente sea cautiva de los nassaríes! Sólo Granada, la Damasco del Mogréb, puede comparársele en belleza; pero ni el Darro ni el Genil valen reunidos lo que ese río, cuyo caudal aumentan!

—Pero marchemos,—prosiguió reponiéndose y montando de nuevo.—¡Quiera el excelso Alláh que un día pueda Ixbilia volver al regazo del Islám, para no separarse de él ya nunca!

Y poniéndose en marcha la comitiva, llegaba en breve á las puertas de la ciudad, por entre cuyas estrechas calles penetraba, en medio del asombro de los sevillanos.

Exagerada y abultada por extremo, había aquella mañana circulado por Sevilla la noticia de que un ejército de musulmes iba sobre la ciudad; y menestrales y soldados, mujeres y pecheros, niños y ancianos, todos habían corrido á la muralla, contemplando desde el adarve la comitiva, que avanzaba por el camino de Alcalá en actitud que nada tenía de belicosa.

Por esta causa pues, mientras se desvanecían los hartos infundados temores de los sevillanos, y terminaban las disputas entre ellos suscitadas por aquel inacostumbrado acontecimiento, había acudido muchedumbre de gentes á las puertas de la ciudad, esperando ansiosa la presencia de los musulmanes, y dando ocasión con esto á que el *Bermejo* y los suyos desfilaran en silencio por entre los grupos de curiosos, agolpados á su entrada, en disposición de ánimo un tanto equívoca por cierto.

No sólo por el mensaje que desde Alcalá de Guadaira había la noche anterior enviado con uno de sus jinetes el Prior de San Juan, quien, desde la villa de Baena, donde estaba por frontero, iban acompañando al granadino, sino por el bullir de la gente en toda la ciudad, y especialmente en las inmediaciones del alcázar,—tenía conocimiento el rey don Pedro de la llegada de Abú-Saïd á la corte del poderoso reino castellano.

Harto sentía el monarca que las obras ejecutadas por su orden en el alcázar estuvieran aún bastante atrasadas, impidiéndole, por tanto, ofrecerse á los ojos del rey *Bermejo* con aquel aspecto de severa majestad que tan de su agrado era; y bien que no reunía las condiciones apetecibles, ni en suntuosidad ni en proporciones, sentado en el trono aguardaba la llegada de Abú-Saïd en el *Salón* á que después dieron nombre *de Justicia*, rodeado de ricos-homes, prelados, caballeros y señores de su corte.

Hallábase el *Salón* colgado de hermosos paños de oro, que dejaban al descubierto la labrada yesería de la parte superior de los muros, obra de artífices mudejares, y por entre el calado de la alta fenestra,—donde se leía en caracteres cúficos dos veces repetida la palabra *felicidad*,—penetraba la espléndida luz del sol que, resbalando por los muros, daba peregrina entonación y relieve á las labores de yesería.

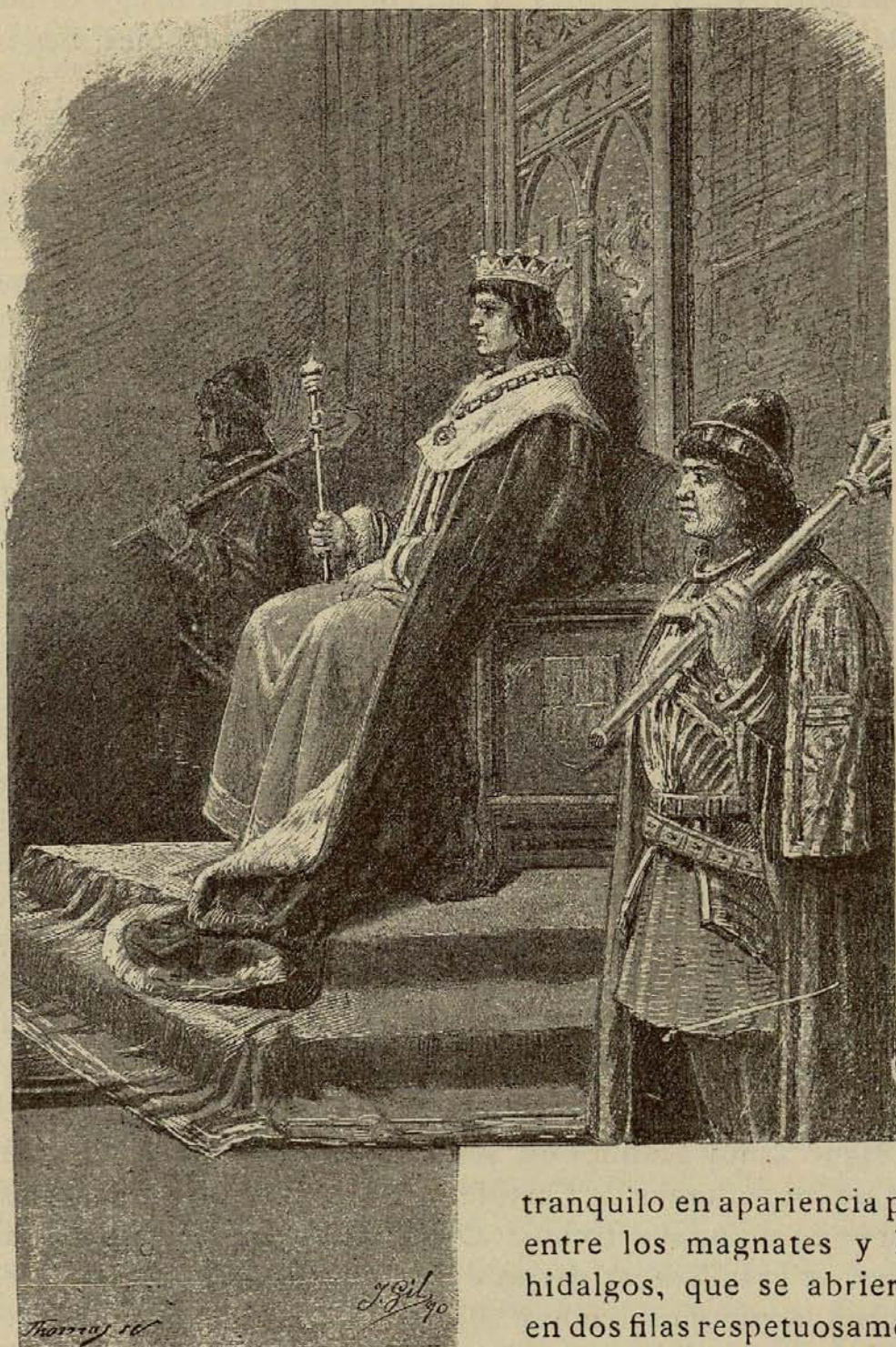
Frente á frente del trono real, se abría un arco angrelado que daba paso á otra habitación entrelarga y más espaciosa, puesta en comunicación con el llamado *Palacio del Yeso*, y guarnecida de ventanales que recibían luz del *Patio de la Montería*, y hacía oficio de antesala.

Llena estaba de caballeros y de hidalgos, quienes al tener noticia de la entrada del rey *Bermejo*, salían en gallardos corceles á recibirle, encontrándole ya muy cerca de la inmediata aljama de los judíos.

En esta forma, escoltado por los servidores del rey, el Prior de San Juan y el populacho, llegaba al recinto amurallado del alcázar Abú-Saïd, penetrando en el *Patio de la Montería*, y descabalgando allí con los caballeros granadinos que le acompañaban, y los cristianos que con él venían.

Latíale vivamente el corazón á Abú-Saïd al pisar el marmóreo pavimento, y al verse en aquella forma rodeado de tantas

gentes, pensando en el recibimiento que le haría el Sultán de los nassaríes; pero puesto en el trance, atravesó sin vacilar y



tranquilo en apariencia por entre los magnates y los hidalgos, que se abrieron en dos filas respetuosamente á su presencia, entrando

por fin en el *Salón*, donde le aguardaba el castellano.

El aspecto que el *Salón* presentaba, era en realidad imponente.

Sentado en alto sitial blasonado, á cuyo pie se mantenían

derechos dos maceros, vestidas las férreas cotas y las fuertes mazas levantadas, hallábase don Pedro, severo y majestuoso, envuelto en los pliegues de anchuroso manto de fino veludillo de seda, forrado de armiño, que le cubría los pies, llegando hasta las gradas del trono.

Á uno y otro lado, y en pos de los reyes de armas, ricamente vestidos, aparecían en dos alas los principales caballeros, severos también, como lo estaba el príncipe, y con grave y respetuoso continente.

Al trasponer Abú-Saïd el arco, detúvose suspenso; y fijando en el semblante impassible de don Pedro sus miradas, hacíale allí gran reverencia en silencio, mientras penetraban Idrís-ben-Abú-l-Ola y los esclavos, quienes en bandejas de oro llevaban las joyas todas que el granadino había sacado de su alcázar.

Pedida la competente venia, adelantábase Idrís, y proster-nándose á los pies del trono, tomaba en nombre de su señor la palabra, expresándose en los siguientes términos, y hablando el lenguaje cristianego:

—Oh tú, el muy alto, el muy poderoso, el excelso, el egregio, el justo, el sabio, el valeroso, el magnánimo y conquero-dor don Pedro, Sultán de Castilla! Glorificado sea tu imperio, y colmada veas de felicidad tu vida, que Alláh prolongue y perpetúe! Señor: el muy alto, el muy poderoso, el puro, el guerrero y último límite de la conducta justa entre los fieles, Abú-Ab-dil-Láh Mohámmad, mi señor y dueño el Sultán de Granada, que aquí está delante de la tu merced, conosçe ésabe, así Alláh (¡ensalzado sea!) le proteja, que los Sultanes de Granada, de donde él viene, son é fueron siempre vasallos de los Sultanes de Castilla, de donde tú, señor, vienes, cada vez que han treguas entre sí nassaríes é musulimes, é dieron parias é presentes muy grandes en señal y reconocimiento del señoría de los Sultanes de Castilla, é les tovieron siempre por señores en todos sus fechos. É mientra aceptas en muestra y señal de vasallaje las parias é los presentes que aquí te ofrece mi señor, reconociendo é confiando con toda su grande voluntad el tu señoría sobre el su regno é sobre la su persona, por ende, tiene mi señor el Sultán, que pues él ha pleito con Mohámmad, Sultán que se llama de Granada, é tú eres su señor, tú debes ser juez deste fecho, é por ende viene á la tu merced. É éste Sultán de Granada, que está delante de la tu



merced, ha pleyto con el dicho Mohámmad, porque usa mal contra los musulimes del regno de Granada, por lo qual todos le aborresçieron é le quieren grand mal, é todos tomaron á mi señor, el Sultán que está delante de la tu merced, por su Amir é su señor, ca viene de linaje de Sultanes, é lo debe ser. É señor: quanto á la guerra que el dicho Mohámmad le podría facer, él no la temería; empero no puede defenderse de ti, que eres su rey é su señor, á cuya obediencia él debe estar. É para esto ovo su consejo conmigo, Idrís-ben-Abú-l-Ola, que aquí está con él delante la tu merced, é otrosí con muchos caballeros musulmanes de la corte de Granada, de quienes se fía, é quieren la honra é servicio de la casa de Granada, cómo faría, ó cómo debia facer en tal priesa como ésta; é todos le aconsejaron que se viniese poner en la tu merced é en tu poder: é su acuerdo dél, é de todos los que con él vienen, es poner todos sus fechos é contiendas que ha con el dicho Mohámmad por el regno de Granada, en la tu mano é en el tu juicio. É por ende, señor, en la tu merced es él, é todos los que aquí vienen con él: é muestra, señor, en esto agora tu grandeza, é la nobleza de la corona de Castilla, é ten piedad dél, que se pone en la tu misericordia, é ayúdale en su derecho; así Allá te ayude y te proteja, é acreciente la tu pró, é perpetúe la tu gloria!

Escuchó don Pedro en silencio la larga plática que en algarabía había Idrís pronunciado; y valiéndose no obstante del *trujamán*, así contestó á la demanda del granadino:

—Plácenos, señor don Idrís, grandemente de la venida del vuestro señor á nos é á la nuestra merced é autoridad, é otrosí del reconosçimiento que por ende face del nuestro señorío sobre las cosas é los fechos del regno de Granada; cá grande era la dubda que nos habiemos en ello, por los fechos que el vuestro señor tenía fechos contra nos, quando la guerra con el Aragón, ya fenescida. É pues viene á la nuestra merced, nos somos contentos, é nos pondremos mano en el pleyto que con Mohámmad, que es otrosí vasallo nuestro, trae, é entendemos tener sobre ello tales maneras cómo se libre bien é prontamente é conforme á razón é á derecho, que es lo que de nos se reclama.

Tradujo el *trujamán* las palabras del castellano á Idrís, y entonces éste replicó por el mismo conducto:

—Si es la su merced del Sultán de Castilla (¡prolongue Alláh su permanencia en la tierra!) tomar este pleyto en la su mano, fará en ello obra de rey é de príncipe muy grande é piadoso, é él la puede muy bien librar entre el dicho Mohámmad, que se llama Sultán de Granada, é éste mi señor é dueño soberano, que á la su merced es venido. É si la su voluntad fuere en otra guisa, sea la su merced de poner al Sultán mi señor, que aquí está delante de la su merced, é á los que con él vienen, allén la mar, en tierra de muslimes.

Informado el rey de las razones de Idrís-ben-Abú-l-Ola,

—Nos faremos justiçia—dijo—en el pleyto que somete el rey *Bermejo* á la nuestra autoridad como vasallo. Que sea por ende seguro de que así faremos.

Al oír tal declaración, Abú-Saïd, Idrís, y los demás caballeros granadinos, mostráronse satisfechos y alegres; y haciendo á la par una gran reverencia, exclamaron:

—Alláh ¡oh magnánimo señor nuestro! prolongue benigno tus días y perpetúe tu felicidad! Porque en esta confianza de que farás justiçia, como tienes fama, á la demanda sobre nuestros fechos, somos á ti venidos, y todos esperamos en la tu merced el alivio á nuestros males, é los de los muslimes del regno de Granada... Que Alláh, el alto, te ilumine, señor y dueño nuestro, y bendiga tu espíritu, para que puedas juzgar derechamente! Que la paz de Alláh sea contigo!

Alzóse con esto el rey del trono, dando por terminado el acto, y en tanto que tornaban los granadinos á hacerle grande y respetuosa reverencia, dispuso don Pedro fueran Abú-Saïd y los suyos convenientemente aposentados en la cercana judería, ocupando en ella las casas que habían sido de su almoraxife y tesorero mayor Simuel-Ha-Leví, ya difunto.

Hubo el rey después su consejo, y expuesta allí la demanda de Abú-Saïd, tras de larga discusión y diversos pareceres, era, en definitiva por voto unánime, condenado á muerte, con los caballeros, sus partidarios, que le acompañaban.

Y con efecto: la justicia, escarnecida y vilipendiada por el antiguo cómplice de la sultana Seti-Mariém, por el asesino implacable de Ismaïl y de Cais, por el usurpador del trono y del señorío de Granada, reclamaban en verdad el castigo inmediato del criminal, sólo por estas causas; mas no se habría seguramente don Pedro determinado á ello, si no militasen

otras razones de poderosa eficacia, las cuales no podían ser en manera alguna dadas al olvido.

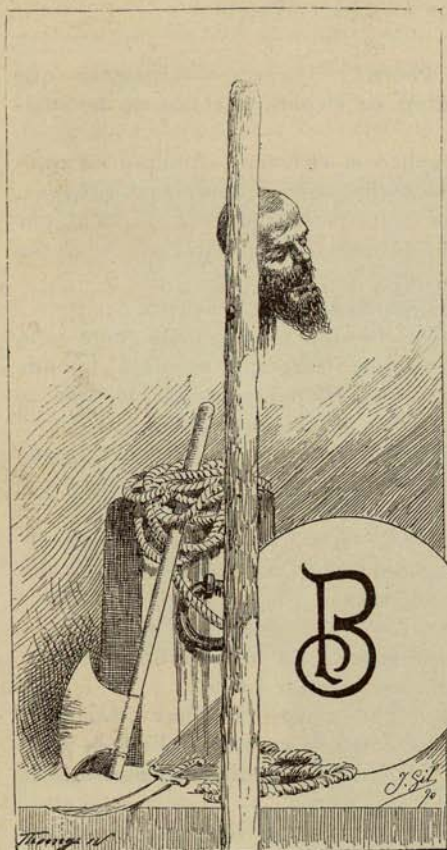
Constituídos los Sultanes de Granada desde los días de Abú-Abd-il-Láh Mohámmad I, el fundador de la dinastía de los Al-Ahmares, en vasallos de Castilla, por el temor legítimo que la triunfante espada de Fernando III *el Santo* les infundía, no sólo, cual había acontecido con Mohámmad I *Al-Gálib-bil-Láh*, debían concurrir con los otros señores y caballeros vasallos del rey de Castilla cuando éste fuera en hueste contra sus enemigos, razón por la cual el referido Príncipe granadino tomó parte tan principal en el feliz rescate de Sevilla (1248), sino que se hallaban obligados á concurrir también á las Cortes que Castilla celebrase, apareciendo sus nombres entre los de los confirmantes en muchos documentos y privilegios de aquel tiempo.

Bajo tal concepto pues, y equiparados los Sultanes granadinos, para los efectos legales, á los que tenían ciudades, castillos ó fortalezas por el rey, el rey debía ser, y era en realidad, señor soberano de sus vidas y de sus haciendas, puntos todos ellos que, maduramente quilatados en el consejo celebrado por don Pedro á consecuencia de la demanda del rey *Bermejo*, no fueron puestos por nadie en duda, tanto más cuanto que *Al-Gálib-bil-Láh* había sido armado caballero á la usanza cristiana por el mismo Fernando III, de quien recibía tal merced con el blasón ostentado por los Beni-Nasares.

Las prescripciones, por otra parte, contenidas en las leyes de Partida que, desde el famoso *Ordenamiento de Alcalá* (1348), habían adquirido entre los nassaríes fuerza y valor legales, claramente determinaban lo que en caso tal debía hacerse para desagravio de la justicia; y considerando que Abú-Saïd, al rebelarse contra su legítimo señor el Sultán Mohámmad V, su primo, se había rebelado también contra el soberano de Castilla, pues aquél era sólo vasallo y feudatario de su corona; considerando que para conseguir el *Bermejo* su exaltación al trono había cometido grandes crímenes en las personas y en las cosas; considerando á más que había hecho pacto y alianza con los enemigos del castellano, poniendo á éste en el trance de firmar las paces con el monarca de Aragón en condiciones nada ventajosas para Castilla,—la senten-

cia de muerte que contra el dicho Abú-Saïd dictaba, de acuerdo con los de su consejo el rey, no era sino muy conforme á la razón y á la justicia, una y otra invocadas ahora por el *Bermejo*, cuando se veía odiado de los granadinos, y sin fuerzas para resistir á Mohámmad V.





### XXXI

BIEN ajeno por cierto se hallaba Abú-Saïd de que el rey don Pedro llevase á tal extremo su rigor para con él, después de los presentes que le había ofrecido. Desconociendo sin duda las

leyes castellanas y la obligación que como vasallo tenía, y juzgando haber deslumbrado al de Castilla con el aparato de joyas y riquezas que había á sus ojos presentado, confiaba en que muy pronto había de volver á Granada triunfante de su rival, ó que por lo menos podría pasar á Ifriquia, donde acabaría sus días al servicio del Sultán de los Beni-Merines.

Pero Alláh, en sus altos designios, lo había dispuesto de otro modo.

—Grande es—decía Abú-Saïd, conversando con su leal amigo y confidente Abú-l-Ola—la majestad del Sultán de los nassaríes, y por Alláh y su santa ley te juro ¡oh Idrís! que no pensé nunca que mi corazón temblase como ha temblado

á la presencia de don Pedro!... ¿Crees tú—prosiguió—que las dádivas podrán influir en él para que nos dé su auxilio?...

—Oh señor mío!—replicó el africano.—Aunque las palabras con que te ha recibido han sido de templanza y de paz, y aunque los dones que le has presentado son de valía, por mi cabeza y la de mis hijos, que temo que su justicia sea tan severa como lo es su rostro.

—Y ¿en qué te fundas, para pensar de tal suerte?...

—Señor: su respuesta no ha sido tan explícita como yo la esperaba... Ó no es éste el don Pedro que te pintó el conde de Trastamara, ó la pintura no era fiel, así Alláh me salve!... ¿Á qué negarlo?... Tú, señor, le causaste grave mal con tu alianza con sus hermanos los bastardos, y quizás no olvide que ahora él es el más fuerte... Pobre de ti y de nosotros, si tal sucediera!

—Pues ¿qué sospechas!...

—Quién sabe, señor!... Sólo Alláh conoce lo que se oculta en las entrañas de los hombres!...

—Si así fuera...—dijo Abú-Saïd, quedando pensativo.—Pero no—repuso,—no puede ser... La hospitalidad es sagrada, y el rey don Pedro no puede faltar á ella.

—Acaso, señor, digas verdad...; pero tú te has presentado al Sultán de los nassaríes como su vasallo, y el señor, ya lo sabes, es dueño de la vida de sus súbditos—contestó Idrís gravemente.

—Oh! Eso lo veremos!—exclamó el *Bermejo*, cuyo semblante palideció de cólera.

—Somos los más débiles, y sucumbiremos—se contentó con replicar Idrís.

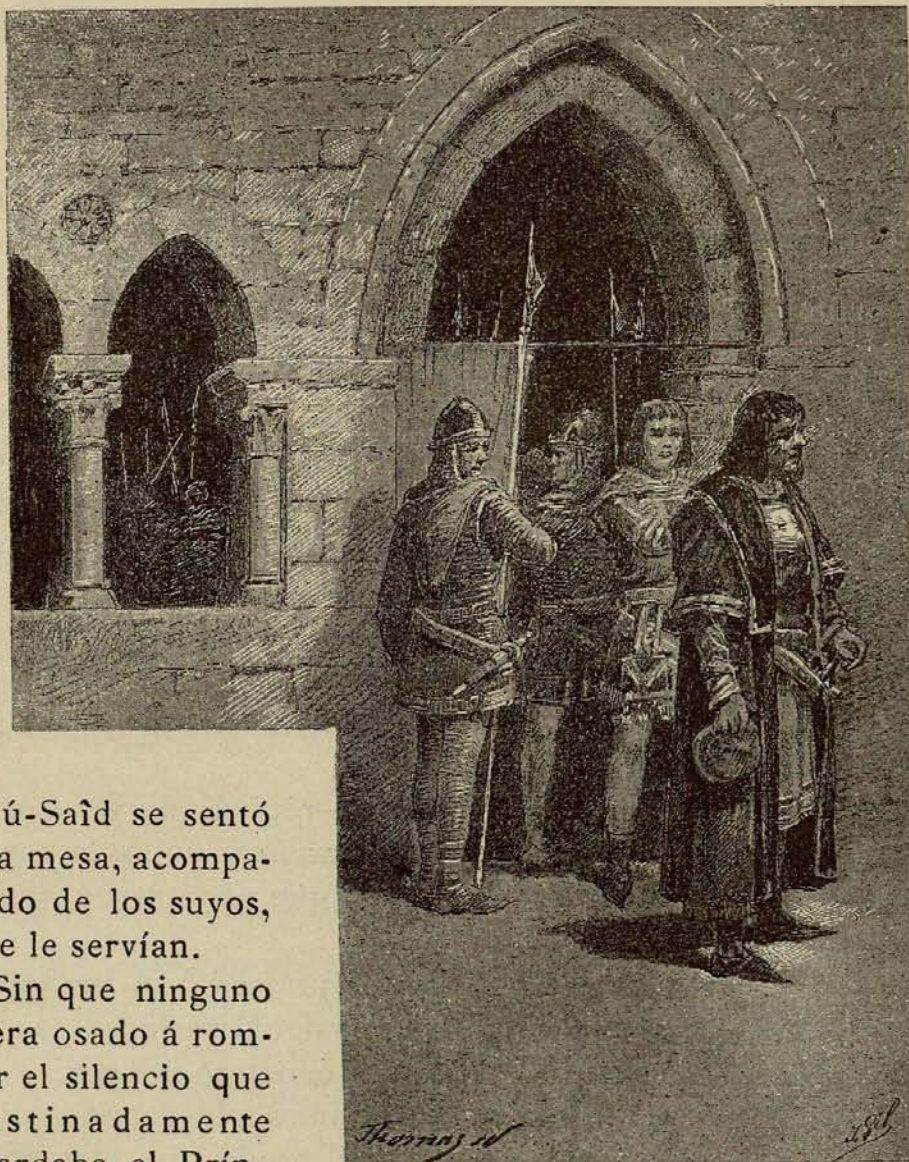
—Lúgubre estás, ¡oh Abú-l-Ola!, y no veo por fortuna señales de que tus tristes vaticinios hayan ¡por Alláh! de cumplirse—repuso Abú-Saïd, tratando de recobrase del mal efecto que le producían las palabras de su amigo.

—Quiéralo Alláh!—replicó el africano.

La sombría actitud de su confidente y leal partidario, cuyas palabras fatídicas aumentaban las sospechas que en vano procuraba el *Bermejo* alejar de su espíritu, no dejaron de afectar al Príncipe, quien, recogíendose, guardó de allí adelante silencio, sin que volviese á hablar con Idrís, ni

con ninguno de los granadinos que componían su cortejo.

Entre tanto, había seguido avanzando el día, y cuando cayó la tarde, después de hecha la oración de *al-magrib*,



Abú-Saïd se sentó á la mesa, acompañado de los suyos, que le servían.

Sin que ninguno fuera osado á romper el silencio que obstinadamente guardaba el Príncipe, hallábanse en esta disposición los granadinos, cuando, inesperadamente, se oyó ruido en las antecámaras, apareciendo á poco en el dintel de la puerta de aquella estancia, seguidos de algunos hombres de armas, el Maestre de Santiago, don Garci Alvarez de Toledo, y Martín López de Córdoba, Camarero del rey don Pedro y su Repostero mayor, quienes traían el rostro demudado.

Alzóse Abú-Saïd de su asiento para recibirles, y aunque no sin sobresalto, invitábales á pasar adelante; pero avanzando

entre todos Martín López de Córdoba, ponía mano sobre el *Bermejo*, exclamando :

—En nombre de mi señor el rey don Pedro, daos á prisión, Abú-Saïd.

—¡Cómo!—dijo éste asombrado, retrocediendo con mortal estupor.

—¡Estaba escrito!—interrumpió Idrís levantándose á su vez, y corriendo al lado de su señor, decidido.

—El muy alto y poderoso rey de Castilla y de León, vuestro señor y el mío, oída la demanda que ante él hoy habéis presentado, manda que vos y los vuestros seáis hoy mismo constituídos en prisión, sin más tardanza.

—¡En prisión!... Jamás!..—exclamó Abú-Saïd, de quien ya se había apoderado la cólera.—Di tú, miserable, que osas poner la mano sobre mí—añadió desasiéndose por un esfuerzo,—di á tu rey y señor, de quien nunca ¡Alláh es testigo! esperé semejante alevosía, que Abú-Saïd, el Sultán de Granada, no se entrega!... ¿Son éstas, por ventura, las leyes de la hospitalidad entre vosotros los nassaríes?...

Y mientras pronunciaba estas palabras, daba al aire su acero, imitándole todos los musulmanes, ya agrupados en torno suyo y dispuestos á defenderse.

—Toda resistencia es inútil, señor—replicó Martín López sin inmutarse por la actitud del *Bermejo* y de los suyos, y dejando paso á los hombres de armas, que penetraron silenciosos en el aposento.

—¡Inútil! Acercaos, judíos, hijos de judíos!... Acercaos, y veréis de qué modo mueren los siervos del Misericordioso!—rugió Abú-Saïd, lanzándose sobre el Repostero del rey.

Este había ya por su parte desenvainado la espada, y los ballesteros del rey adelantaron hacia el grupo que formaban sañudos los musulimes.

Entonces se trabó horrible combate que duró breve tiempo; pues vencido el *Bermejo*, y con él algunos de los suyos, era conducido aquella noche misma del 28 de Chumáda segunda (1) á las *Atarazanas*, y encerrado allí en oscuro calabozo.

La mayor parte de los granadinos, y entre ellos el africano Idrís Abú-l-Ola, habían muerto en la lucha, y sus cadáveres

(1) 24 de Abril de 1362.



ensangrentados manchaban el pavimento de la estancia, donde quedaban abandonados.

.....

Dos días más tarde era notificada al rey *Bermejo* la sentencia del monarca de Castilla, por la cual se le condenaba á muerte como traidor y como asesino; y al escuchar Abú-Saïd los cargos que en aquel documento se le hacían, no pudo contenerse, y prorrumpió en grandes imprecaciones contra don Pedro. Pero su voz, resonando lúgubrementemente, se perdió en la soledad de la prisión en que se hallaba, y fueron inútiles cuantas quejas y lamentos salieron de sus labios.

El aspecto que presentaba Sevilla, al siguiente día, 27 de Abril (1), era en verdad grandioso.

Muchedumbre de gentes se agolpaba en torno de las *Atarazanas* desde bien temprano, y por el camino de Tablada se veía circular, cual si fuese á asistir á alguna romería, multitud de menestrales, peones y caballeros, dando con esto señales de que se preparaba acontecimiento de importancia, del cual querían sin duda disfrutar los sevillanos.

Á las doce del día, seguido de los principales dignatarios de su corte, salía el rey don Pedro del alcázar, y tomaba la dirección del campo de Tablada, entre los grupos de curiosos, mientras eran sacados de su prisión el rey *Bermejo* y los pocos caballeros granadinos que habían sobrevivido, siendo conducidos entre ballesteros y hombres de armas al sitio donde se encaminaba la gente en són de fiesta.

Iba Abú-Saïd completamente demudado; y aunque se esforzaba por aparecer sereno é indiferente, leíase en su rostro como en un libro lo que en su corazón pasaba.

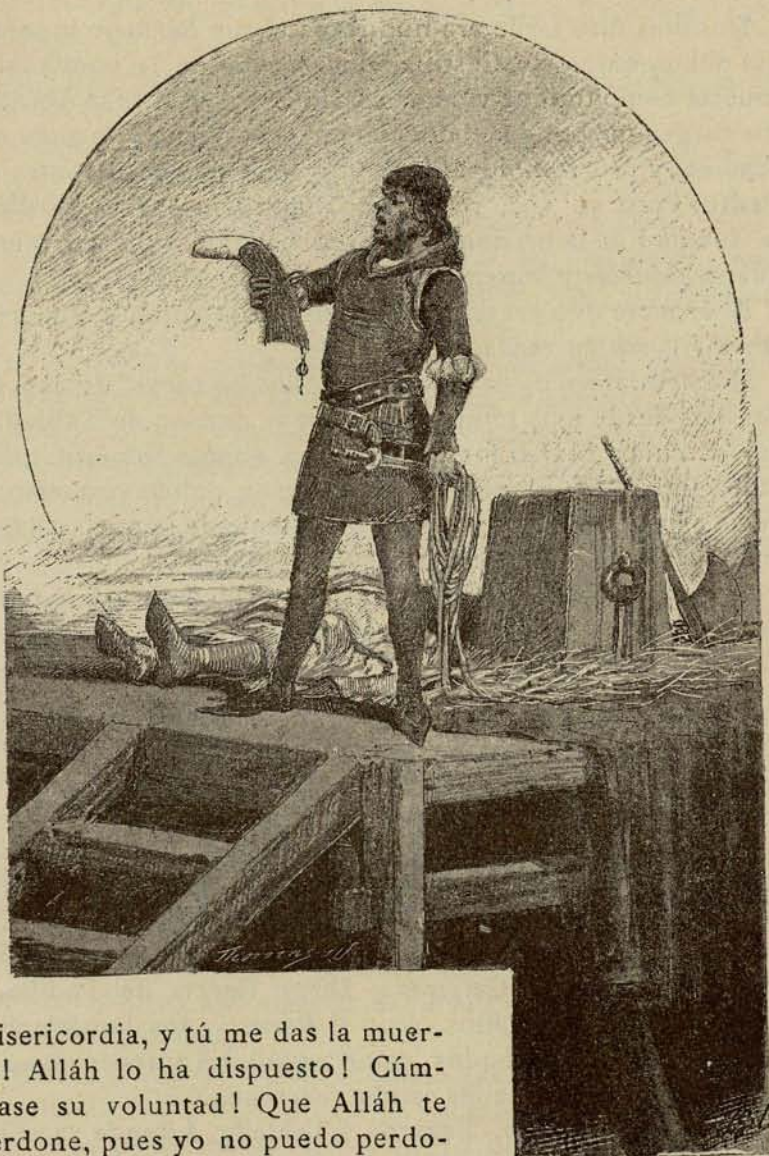
Á su lado, procurando consolarle, caminaba triste y cabizbajo el Maestre de Calatrava, Diego García de Padilla, y detrás seguían, montados como el *Bermejo*, los demás granadinos, sombríos y ceñudos, como aquellos á quienes no se les ocultaba la suerte que les estaba reservada.

En esta disposición, llegaron á Tablada, á donde ya el rey don Pedro les había precedido, y donde se había levantado un cadalso; y al ver Abú-Saïd al rey de Castilla, que permanecía severo é impassible, exclamó sin poder contenerse:

---

(1) 2 de la luna de Récheb de 763 de la H.

—Así ¡ oh Sultán de los nassaries! Así cumples las leyes de la hospitalidad! Yo vine á ti fiado en la tu merced y en la tu



misericordia, y tú me das la muerte! Alláh lo ha dispuesto! Cúmplase su voluntad! Que Alláh te perdone, pues yo no puedo perdonarte la alevosía con que procedes, ca mala caballería faces hoy conmigo ciertamente!

No contestó palabra el castellano; y descabalgando Abú-Saïd, á una indicación del Escribano real y del jefe de los ballesteros, subió con ambos al cadalso, donde fué decapita-

do con los demás musulimes, mientras la muchedumbre contemplaba atónita aquel sangriento espectáculo, y el pregonero gritaba:

—¡Esta justicia manda hacer el rey, nuestro señor, en estos traydores, que fueron en la muerte del rey Ismaïl, su rey é su señor, que fueron desleales á su rey é su señor Mohámmad, é que movieron guerra á su rey é su señor don Pedro!

.....

Cuando la noticia de todos estos sucesos llegó á Abd-ul-Láh, no pudo éste contener las lágrimas, al considerar lo duro del castigo impuesto por don Pedro á su primo y su enemigo más encarnizado, pidiendo á Alláh ferviente que en el día del juicio perdonase al rey *Bermejo* todas sus culpas, y le diese entrada en el Paraíso; pero Alláh no preservó su espíritu, y Xaythán vagó con él de valle en valle, pues no dejó loores en la boca de los hombres, ni compasión en sus corazones tampoco!

Desde Málaga, donde Mohámmad se encontraba, tomó el camino de la corte granadina, acompañado de muchas compañías, del clamoreo del pueblo, y de casi toda la gente principal de aquella ciudad que quería más honrarle, y presenciar su entrada en la hermosa Granada.

Ya en ella se sabía la trágica muerte del asesino de Ismaïl; y al tener conocimiento de que, cumpliendo así todos los votos, Mohámmad se aproximaba, salían á recibirle los granadinos con demostraciones no interrumpidas de entusiasmo.

«El júbilo más puro embargaba el ánimo de todos los ciudadanos,—dicen las historias,—y en el Zacatín, en Bib-ar-Rambla, en las angostas calles del Albaicín, veíanse grupos de soldados, de artesanos, de personas de todas clases y condiciones, que se daban mutuamente la enhorabuena por el regreso del rey legítimo, y hasta los partidarios mismos del usurpador, temerosos de mayores desventuras, le besaron las manos en señal de sumisión».

Venía Mohámmad sobre un poderoso potro cordobés, de fina estampa y elegantes movimientos, y que braceaba con tal gallardía, levantando acompasadamente la cabeza, que no parecía sino orgulloso de llevar sobre sí, al término dichoso de todas sus desdichas, á aquel egregio Príncipe, á quien debió Granada los días más esplendorosos de su existencia;

á su lado, conmovida profundamente, y derramando lágrimas silenciosas de regocijo, sobre una haca blanca marchaba Aixa, rebujada en el *solhám* que la cubría, y dejando adivinar á través del velo que ocultaba la parte principal del rostro, las perfecciones de aquel semblante que no sin razón los poetas comparaban á la luna llena; detrás, conmovido también, como lo iba el Sultán, caminaba el fiel y valeroso *Lisán-ed-Dín*, llevando á su derecha al alcaide de Ronda y á su izquierda al de Málaga, siguiendo en pos, mezclados, caballeros rondeños y malagueños en vistoso grupo, sucediendo luego los granadinos, y las fuerzas que acompañaban á Abd-ul-Láh y que cerraban el cortejo.

De todas partes, al paso de la comitiva por la larga y estrecha calle de Elbira, resonaban las albólbolas y los lelilés con que las mujeres, detrás de las celosías de los edificios y en las azoteas de las casas, aclamaban al Sultán, dándole la bienvenida, mientras en la calle, apostados entre los muros de las viviendas, los hombres repetían entusiasmados las aclamaciones, con la esperanza de recobrar la paz perdida, y el deseo de obtener el perdón de las pasadas culpas.

Cuando Mohámmad, trasponiendo la *Bib-Xaréa* ó Puerta de Justicia, donde tantas veces la había administrado en otros tiempos, se halló en su alcázar, aquel alcázar con que tantas veces soñó en su destierro, y donde al cabo, y por designio de Alláh, había al lado de Aixa gozado tantas y tan dulces alegrías; cuando volvió á ocupar otra vez aquel trono, por el que tanto había suspirado, tornó los ojos lleno de gratitud al Omnipotente Alláh, y cayó de rodillas bendiciéndole.

Terminadas las ceremonias públicas,—en aquella misma cámara, donde años antes había el Amir celebrado tantas fiestas en honor de su adorada, donde lucieron su ingenio *Lisán-ed-Din*, Redhuán, Ebn-Zemréc, y otros no menos notables poetas de la corte, quedaron solos Aixa y el Sultán, quienes movidos por un mismo y simultáneo impulso, se arrojaron en brazos la una del otro, exclamando el Príncipe, visiblemente emocionado:

—Alabado sea Alláh, el Misericordioso, el Justo, el Dispensador de todos los beneficios! Él solo es grande! Todo cuanto hay en los cielos y en la tierra es suyo! Él prueba con el infortunio á aquellos á quienes elige, y Él premia y castiga

á aquellos que lo merecen! Bendito sea su santo nombre, Aixa! Bendito una y mil veces! Y como el ángel guardián del séptimo cielo en el Paraíso, que con las setenta mil lenguas de cada una de sus setenta mil bocas, abiertas en cada una de sus setenta mil cabezas, canta en setenta mil idiomas á la vez alabanzas eternas á Alláh el Único, el Inmutable,—empleemos nuestra vida en dar gracias al Señor de ambos mundos, por los beneficios que nos dispensa! Él ha sido quien tocando el corazón de los que fueron desleales vasallos, los trae hoy á mis pies sumisos como corderillos; Él quien derribando con el poderoso impulso de su voluntad el alcázar de la iniquidad y del crimen erigido por Abú-Saïd, mi primo, le ha hecho morir vergonzosamente á manos de los nassaríes! Él, quien nos ha salvado, y quien nos reúne en la hora de la felicidad, como nos tuvo reunidos en la hora del infortunio! Que sea eterno nuestro amor, oh Aixa, esposa mía, como es eterna la voluntad de Aquel por quien hoy nos vemos en este alcázar fabricado por mis predecesores; y si á nosotros no nos es dado rescatar en esta hermosa tierra de Al-Andálus cuanto fué dominio del Islám en ella, que nuestros hijos, más felices que nosotros, y recogiendo la herencia de ventura que Alláh con larga mano nos otorga en su clemencia inagotable, difundan la santa ley de Alláh por cuanto rodean el mar de Siria y el mar de las Tinieblas, y limitan Afrancha y *Az-Zocác* por Norte y por Mediodía!

Así, por disposición del creador de cielos y de tierra, hallaban término los azares, las inquietudes, las zozobras de aquel Príncipe insigne, y así también recibía el premio merecido, aquella mujer que, humilde y menesterosa, había años antes llegado á Granada en busca de su madre, fiando en la protección de Alláh, y que jamás supo que era hija de la sultana Seti-Mariém (á quien Alláh haya perdonado), viendo al postre coronadas todas sus aspiraciones y realizadas todas sus esperanzas!

¡Alláh es Omnipotente y Sabio, y su misericordia es infinita!

.....

Años después, para honrar la memoria de la Sultana Aixa, mandaba Mohámmad V, ya apellidado *Al-Ganí-bil-Láh*, construir en su palacio un *ad-dár* ó edificio especial, destinado á

las mujeres, y unido á él otro independiente, en los cuales extremó su magnificencia, y agotaron los artífices granadinos su ingenio. El primero, algún tanto deformado después de la conquista por los mismos Reyes Católicos, y principalmente por las construcciones y agregaciones hechas en tiempo del Emperador Carlos de Gante, ha conservado hasta nuestros días su propio nombre, y parte de las bellezas que atesoraba, siendo hoy designado en la Alhambra con el título de *Cuarto de los Leones*; el segundo, desapareció con dichas agregaciones y reformas; pero formando como un agregado de la *Sala de las Dos Hermanas*, existe aún, cual recuerdo, el *Mirador* llamado de *Lindaraja*, nombre fantástico, compuesto, como es entre los conocedores del idioma arábigo sabido, por la corrupción de tres palabras de esta lengua—*âin-dâr-Aixa* ó *Axa*—según más generalmente hubo de pronunciarse, que textualmente significan: *Mirador de la casa de Aixa*.

F I N



Biblioteca Regional  
de Madrid Joaquín Leguina



\*1376052\*

*Leguina*  
*Zna*